

Bibliografía

BARANDIARÁN MAESTU, Ignacio: *El Paleomesolítico del Pirineo occidental. Bases para una sistematización tipológica del instrumental óseo paleolítico. Prólogo del Dr. D. Antonio Beltrán*. Monografías arqueológicas III. Seminario de Prehistoria y Protohistoria. Zaragoza 1967. 514 págs. y 34 láms.

Casi a vuela pluma hilvano estos comentarios a la importante obra de Barandiarán Maestu acerca de los problemas del Paleolítico en el Pirineo occidental, problemas que el A. ha centrado dentro de dos grandes apartados: una secuencia del que denomina "Paleomesolítico vasco" y una tipología del instrumental óseo paleolítico. Creo que el A. ha logrado cumplir con sus dos objetivos por lo que quiero felicitarle, no sólo por lo que su obra supone para nuestra clorótica bibliografía prehistórica, sino porque también a través de ella ha planteado un rico temario, lleno de sugerencias y de posibilidades, que viene a demostrarnos hasta qué punto nuestra investigación prehistórica necesita ser promocionada para salir de las estrecheces en que malvive y se subdesarrolla. El esfuerzo llevado a cabo por Barandiarán Maestu sólo podemos valorarlo debidamente, en nuestro país, modestia aparte, los que nos dedicamos a la investigación prehistórica. En consecuencia, las observaciones o discrepancias que expongo a continuación quieren ser la apertura a un diálogo, del que tan necesitados estamos los prehistoriadores españoles y que sería en extremos fructífero para nuestros estudios.

Como cuestión previa he de señalar que el empleo del término "Paleomesolítico" me parece inadecuado. Desde estas mismas páginas (ZEPHYRVS XVII, pág. 52) he señalado la falta de realidad del término "mesolítico", que como concepto carece de vinculación con la prehistoria española. Su utilización por nuestros investigadores señala un evidente fenómeno de mimetismo extranjerizante, muy enraizado en la ciencia española en general. Si, además, a "meso" se antepone "paleo" resulta una palabra mestiza y policonceptual, que en vez de aclarar viene a complicar la cuestión terminológica, sobre todo si se tiene en cuenta que el Azilense cántabro-pirenaico es, culturalmente, una etapa final del Magdalenense occidental y no una etapa media o de transición.

En cuanto al planteamiento del marco geográfico, el Pirineo occidental o mejor dicho,

el País Vasco, ofrece serias dificultades para el estudio de su prehistoria como una unidad, ya que como nos hace ver el A. se nos ofrecen tres grandes regiones, que pertenecen a tres áreas prehistóricas distintas: la región al sur de la divisoria de aguas, integrada en el valle del Ebro, que sólo ofrece paleolítico inferior y medio en yacimientos al aire libre; la región costera española al norte de dicha divisoria, que ofrece Paleolítico medio y superior, con abundantes niveles epipaleolíticos; la región francesa al norte de dicha vertiente con Paleolítico medio y superior, más en relación con el Pirineo central y la zona cantábrica que con las provincias costeras vasco-españolas. El hecho de que en esas tres zonas hoy se hable vasco no implica que en los tiempos paleolíticos existiese una cierta homogeneidad cultural entre ellas. El A. parece también creerlo así e incluso lo dice al hablar del yacimiento de Isturitz, ligado culturalmente con el Pirineo Central y con amplios puntos de contacto con la región cantábrica. Los yacimientos paleolíticos de Vizcaya y Guipúzcoa se resisten a un encasillamiento dentro de los esquemas culturales en uso. Ello nos demuestra cuán complejo es el hecho prehistórico y cuán difícil es encuadrarlo dentro de formas generales. Cuando hace años, siguiendo las huellas de Obermaier, intenté trazar un cuadro de la Prehistoria cantábrica, tuve ocasión de observar lo irreductible del Paleolítico vasco. Ahora, el A. ha jugado con la secuencia propuesta por mí haciéndola intervenir al alimón con el esquema francés, sin decidirse a plantear de un modo radical la problemática del Paleolítico vasco, cuya secuencia cultural se nos muestra, según nos expone el A., llena de perduraciones y de arcaísmos, que no pueden ser considerados, como muy bien dice Barandiarán, como cosa de "parientes pobres". Se trata de una zona que, seguramente a causa de las condiciones biogeográficas imperantes en ella, permite un cierto aislamiento y como consecuencia una cierta autonomía cultural. Hemos de estudiar qué significación tuvieron en nuestra Prehistoria los pasos montañosos (Roncesvalles, etc.) y cuáles fueron las circunstancias que determinaron una mayor cantidad de coincidencias culturales entre el Pirineo occidental y la región cantábrica. Es posible que el valle alto del Ebro haya jugado un importante papel en las relaciones entre el Pirineo occidental francés y la zona cántabro-asturiana, quedando la región costera vasco-española un tanto marginal, lo que le permitió vivir con cierta independencia. A este respecto hemos de señalar —aunque no se nos escape su contingencia— el hecho de que esa zona costera vasco-española fue la más refractaria a la romanización.

Uno de los problemas que nos hubiera gustado ver tratado con una mayor amplitud es el del Azilense. Dentro de lo que el A. llama "mesolítico" se encuentran 35 niveles o testigos, de los que habría que separar los tres o cuatro niveles asturianos, que habría que retrotraer al Paleolítico Medio o quizás a fines del Inferior. Existen una serie de niveles (I de Aizbitarte; IV, V y VI del Montico de Charratu; III y IV de Marizulo, etc.) para los que el A. señala un contenido "mesolítico", el cual nos hubiera gustado ver estudiado más ampliamente. Todos estos complejos culturales epipaleolítico son de gran interés, por una parte, en su relación con el Azilense, cuyo origen cantábrico postulamos algunos investigadores, y también, por otra parte, en su relación con las culturas mediterráneas de tipo epigravetense. Pero por el momento hemos de contentarnos con lo que el A. nos da, ya que el tema y su desarrollo implicaría escribir una nueva tesis.

Por lo que respecta a la tipología de la industria ósea el esfuerzo llevado a cabo por Barandiarán es digno de ser tenido en cuenta y utilizado por nuestros investigadores. Quizás hubiera valido la pena intentar esta tipología ósea desde un punto de vista funcional, ya que, por ejemplo, existe cierta diferencia entre un punzón y una azagaya, pero realmente se trata de un problema interpretativo, ya que muchas veces no sabemos cuándo empieza la azagaya y dónde termina el punzón. No obstante tenemos que tener presente, que la precisión terminológica es una cuestión que hay que plantear de un modo radical.

Dentro de la serie de problemas que ha planteado el A. se encuentra el de la gran importancia, demográfica e instrumental, que alcanzan en el País Vasco las etapas culturales del Magdalenense final. He señalado, y el A. lo recuerda, que en la región cantábrica la etapa verdaderamente importante es la del Magdalenense inferior, mientras que las etapas finales no son muy abundantes, siendo escasas en todas partes los niveles del Magdalenense medio. Esa rectificación me congratula y confirma en parte lo expuesto antes sobre cierto "autonomismo" del Paleolítico vasco. Respecto al Magdalenense vasco el A. sabe lo difícil que es precisar si se trata de una etapa (V) u otra (VI). De ahí que me incline por una revisión de esos materiales, ordenándolos sin pensar en la secuencia francesa magdalenense, y menos en la que propuse hace unos años como base de un esquema de prehistoria cantábrica. En aquella ocasión intenté dejar a un lado toda sistematización extraña y tomé como guía las observaciones de Obermaier, pero fue un camino en el que nadie quiso seguirme, ya que se sigue hablando de Magdalenense III, IV, V y VI, cuando la realidad es que no existe un Magdalenense III, IV, etc., de tipo francés, sino una cultura que tiene ciertos elementos del Magdalenense III, IV, etc. francés, junto a otros elementos muy particulares y propios. Es más, en el estado actual de la investigación, por lo menos en Asturias y Santander, creo que se podrá llegar a una subdivisión del que llamé Magdalenense inferior cantábrico, en dos fases o facies. Lo mismo ocurre con los Magdalenenses superior y final, cuya aquilatación con referencia a lo francés siempre deja mucho que desear. Así, por ejemplo, sabemos que el buril de pico de loro caracteriza a una de estas etapas. ¿Cuántos buriles de pico de loro existen en el Magdalenense final astur-cántabro-vasco? Todo ello va a la cuenta de que los esquemas franceses, elaborados casi exclusivamente con niveles de la Dordogne, sirven para la Dordogne y quizás puedan extenderse al resto de Francia. Pero dudo de su eficacia respecto de la Prehistoria cantábrica y mis dudas se acrecientan cuando hablamos de prehistoria española. Parece como si no contentos con fabricar en nuestro país los productos industriales inventados en otros, quisiésemos también entronizar en nuestra Prehistoria el desdichado y negativo ¡qué inventen ellos! unamuniano.

Quiero también recoger unas palabras del A. referentes a uno de mis trabajos. Dice el A. (p. 439) que "de ser válido el sistema de aplicación estadística que preconiza Jordá", con referencia a la proporción del número de yacimientos paleolíticos existentes en la región cantábrica. He de decir que yo no preconizo ningún sistema estadístico e incluso dudo bastante de la eficacia de dichos sistemas en prehistoria y si utilicé un cuadro estadístico, ya en el aquel trabajo (ZEPHYRVS XV, p. 8) decía que era el primero "en reconocer la fragilidad y relatividad de estos datos estadísticos".

Todavía un problema, que, aunque el A. plantea de pasada, hay que tener en cuenta. Se trata de la Cueva de Altxerri y del resto de yacimientos rupestres vascos incluidos en el segundo ciclo "solútreomagdalenense inferior", a los que de acuerdo con mis mencionadas aplicaciones estadísticas "cabría suponerse... una cronología más reciente, en torno al Magdalenense V y VI". Sí, creo que habrá que reconsiderar la cuestión de la fecha y ciclo de acuerdo con lo que he dicho antes: con la autonomía cultural vasca. Hasta ahora hemos investigado el arte rupestre paleolítico como si se tratase de un "organismo" que nace, se desarrolla, se reproduce y muere. Creo que desde ahora en adelante tendremos que estudiar las distintas producciones artísticas dentro de la etapa que las ha producido, es decir, dentro de su contexto histórico. De otro modo lo único que haremos será construir bellos sistemas que no tienen más apoyo que nuestra imaginación y la estadística. Con el fin de evitar esto y con motivo de una reunión para el Progreso de las Ciencias en Bilbao, propuse un esquema cultural dentro del cual se encuadraban las etapas artísticas en relación con aspectos socio-económicos. Fue un simple ensayo que me parece más histórico y más cultural que el su-

poner al arte prehistórico como un todo, desarrollándose en una dirección y sujeto a unos supuestos básicos inamovibles, a los que en algunas ocasiones se une el explícalo-todo de la magia.

Pero dejando de lado todos estos comentarios, críticos unos, complementarios otros, queremos de nuevo reiterar la bondad de la obra de Barandiarán Maestu, que ha sabido, con maestría, exponernos un tema espinoso y difícil cuya problemática ha sido trazada con claridad y precisión. Esperemos que sus nuevos trabajos nos amplíen las limitaciones que impone una tesis doctoral.

Sólo me resta ya felicitar al Prof. Beltrán por haber alentado y dirigido un trabajo, cuyas dificultades conocemos bien los que desde hace años nos dedicamos a la investigación prehistórica.

F. J. C.

J. GONZÁLEZ ECHEGARAY; M. A. GARCÍA GUINEA y A. BEGINES: *Cueva del Otero*. Con la colaboración de B. MADARIAGA DE LA CAMPA y del ARL. LEROI-GOURHAM. Excavaciones Arqueológicas en España, 53. Madrid 1966.

Conocido desde hace años este yacimiento, no nos había librado todavía su interesante contenido hasta que los AA. se decidieron a realizar en él nuevos trabajos, que nos han puesto de manifiesto una secuencia estratigráfica y cultural del mayor interés. Esta secuencia, según los AA., comprende tres etapas auriñacenses y dos magdalenenses con algún indicio azilense.

Los tres niveles auriñacense se superponen a un nivel mestizado, a un Auriñaco-musteriense, cuya presencia en Santander va confirmando viejas hipótesis mías sobre las perduraciones musterienenses dentro de los primeros tiempos del Paleolítico superior. Etapa auriñacomusteriense que habrá que paralelizar, como hacen los AA., con el nivel s del Castillo, que con toda evidencia parece también un nivel mestizo. Asimismo, parece guardar relaciones con un nivel de Mazo-Morín y quizás también con los niveles superiores de la cueva del Conde (Asturias). Es interesante observar esta alianza del Auriñacense inicial con tipos musterienenses, lo cual nos revela que nos encontramos ante una penetración cultural auriñacense, sin que por el momento podamos llegar a precisar si llegó acompañada de una penetración étnica y de qué tipo, pero esto es cosa que se nos escapará hasta que no consigamos obtener testimonios antropológicos.

Sobre el anterior nivel se superpone otro estéril sobre el que yace una interesante capa arqueológica que ha sido clasificada como Auriñacense III, aunque los materiales no son excesivamente típicos, especialmente las piezas que los AA. llaman raspadores aquillados. A este nivel sucede otro denominado Auriñacense IV "aunque sus características no se ajustan con precisión a las señaladas para esta etapa en Francia", según frase de los AA., y en él faltan las hojas auriñacenses y aumentan los buriles. El nivel siguiente, Auriñacense V, representa también "la independencia de esta fase cantábrica en relación con su correspondiente fase francesa". Durante esta fase vuelven las hojas auriñacenses y aparecen algunos elementos arcaizantes (bifaz, raedera sobre lasca clacton, etc.). Nos encontramos ante un material, que, como apuntan los AA., guarda poca relación con el de las etapas auriñacenses del Périgord. Lo cual, para mí, es lógico, ya que no hemos de esperar que en la región cantábrica se encuentre una réplica de la secuencia cultural paleolítica del Périgord. Lo que

existe en la región cantábrica es una secuencia cultural propia de ella y ya es hora de que nos vayamos haciendo a la idea de que nos tenemos que construir nuestra propia secuencia cultural paleolítica de la región cantábrica. Todo lo que no sea eso nos conducirá a los contrasentidos que hacen que los AA. denominen "Auriñacense IV" a un conjunto cultural que tiene bien poco de Auriñacense IV, como ellos reconocen. Por mi parte, creo que nos encontramos ante un desarrollo autónomo y en cierto modo distinto del de Périgord, de la cultura auriñacense cantábrica, en la que por el momento cabría distinguir cinco fases. La primera y las tres últimas en el Otero, la segunda, podría ser Hornos de la Peña, aunque su posición todavía no es muy segura. No es éste el lugar más apropiado para seguir ahondando sobre el tema, que juzgamos de gran transcendencia para nuestra prehistoria. Solamente quiero insistir en la necesidad de ir elaborando nuestras propias secuencias culturales.

Respecto de los niveles magdalenenses, la cueva del Otero ha proporcionado una clara superposición de Magdalenense V y VI, que nos demuestra la mayor antigüedad del arpon de una hilera de dientes sobre el de dos. Pero de nuevo nos encontramos con el mismo problema. Los AA. comparan los gráficos acumulativos estadísticos de la Madaleine V y VI con los de Otero y en ellos se observa perfectamente la diferencia existente entre ambos yacimientos, lo cual a los AA. les "permite reafirmarnos en la idea de que el Paleolítico de la Región Cantábrica tiene un carácter muy peculiar y es bastante independiente del de otras regiones europeas". Sin embargo, continúan empleando la terminología propias de esas "otras regiones europeas", con lo que se llega a crear un evidente confucionismo, pues no se puede decir científicamente a un conjunto cultural "Auriñacense IV" cuando no tiene nada que responda a esa etiqueta.

El libro se completa con un interesante estudio de A. Leroi-Gourham sobre el tapiz vegetal de estas etapas reseñadas, que nos ponen de relieve la casi ausencia de bosque salvo en algunas etapas. La fauna ha sido estudiada por Madariaga de la Campa, que nos ha dado una buena sistematización de los moluscos. Sin embargo, hubiéramos preferido que en los mamíferos hubiese sido más amplio en listas de animales por niveles.

Por lo demás, considero a esta monografía como un modelo a seguir en nuestra investigación paleolítica, ya que en ella se nos suministran datos de toda clase, que nos permiten hacernos una idea acabada de lo que es la sucesión cultural de la cueva del Otero. Nuestras indicaciones sobre algunos de los aspectos no tienen otra finalidad que la de intentar mejorar nuestros estudios paleolíticos y he de agradecer al Seminario Sautuola y sus componentes el entusiasmo que dedican a los trabajos que emprenden y al mismo tiempo felicitarles por los magníficos resultados de su eficaz labor.

F. J. C.

PETER J. UCKO y ANDRÉE ROSENFELD: *Arte paleolítico*. Biblioteca para el hombre actual. Ediciones Guadarrama. Madrid 1967. 254 págs., y 106 ilustraciones en negro y color.

Después de la gran obra de Leroi-Gourham sobre el arte paleolítico de la Europa occidental nos llega este nuevo libro, que no es otra cosa que una amplia discusión de las distintas interpretaciones de que han sido objeto las representaciones artísticas del Paleolítico superior desde poco después de su descubrimiento hasta nuestros días. Era necesario este esfuerzo crítico, que ha puesto de relieve la inconsistencia de muchas hipótesis, que en su mayoría habían sido elaboradas partiendo de supuestos demasiado restringidos, que sólo com-

prendían parcialmente la enorme problemática del arte paleolítico. Así, por ejemplo, ha sido corriente considerar a la magia de caza como objetivo esencial de las representaciones artísticas paleolíticas, pero las figuras de animales que presentan elementos (heridas, venablos, agujeros, etc.) que puedan mostrarnos los restos de esta magia llegan escasamente a ser un diez por ciento del total, cantidad excesivamente exigua para poder cimentar sobre ella toda una teoría acerca de la finalidad mágico-cinegética del arte paleolítico.

El defecto principal de todas estas interpretaciones reside en el hecho de considerar a todo el arte paleolítico como producto de un desarrollo único y unidireccional, idea sólidamente establecida en el sistema de Breuil, para quien el arte paleolítico va de lo sencillo a lo complicado, de lo fácil a lo difícil, de lo lineal a lo policromo. A esta hipótesis netamente enraizada en el pensamiento evolucionista, ha sucedido otra que supone al arte paleolítico como expresión de un dualismo sexual, de tal modo que los artistas paleolíticos dieron sentido a sus "composiciones" ordenándolas de acuerdo con un plan previsto, en el que a cada una de las distintas especies se le atribuye un sexo, así, según Leroi-Gourham, el caballo es masculino, mientras el bisonte es femenino. De acuerdo con estas atribuciones se establecen unas identidades: hombre-caballo-venablo-falo y mujer-bisonte-herida-vulva, que suponen una sexualización diferente no ya sólo de los distintos animales, sino que también de las numerosas representaciones de ideomorfos (tectiformes, claviformes, escutiformes, etc.). Todas estas hipótesis, como dicen los AA., han demostrado ser poco satisfactorias, ya que pudo "haber cien razones por las que el hombre paleolítico se dedicase a decorar las cuevas", por lo que rechazan todas estas interpretaciones que consideran al arte paleolítico como un todo único con unas líneas de desarrollo y evolución unidireccionales.

En este sentido, nuestros más recientes trabajos (vid. ZEPHYRVS XVI) se acercan al pensamiento de los AA. que postulan la existencia de grupos y etapas diversos dentro del arte paleolítico. Es hora de que empecemos a tratar de pensar en que el arte gravetense (o perigordense) es distinto en concepción, en técnica y en significado del arte magdalenense. A mi entender, si llegamos a plantearnos ampliamente el porqué en unas etapas aparecen unos determinados tipos de representaciones y en otras no, si estudiamos la aparición de las distintas técnicas de representación a través de las distintas etapas y las necesidades representativas que ellas suponen, podremos llegar a una mejor comprensión acerca de los problemas del arte rupestre y de su significado. Los AA. que apuntan la existencia de estas distintas etapas artísticas, no llegan sin embargo a precisar ningún aspecto concreto, ni menos a estudiar las distintas técnicas de representación y su aparición temporal. Por lo que el libro queda un tanto incompleto, aunque no podemos negar su actitud crítica resuelta e incluso su exposición sugerente y atractiva. Desde un punto de vista español echamos en falta alguna referencia a la moderna bibliografía española, pero éste es un pecado harto frecuente en la investigación anglosajona, que parece desconocer o despreciar las modestas aportaciones de nuestros investigadores, así, por ejemplo, no se cita una sola obra española, ni siquiera el gran repertorio de arte paleolítico de distintas etapas que es la Cueva del Parpalló. No obstante, son frecuentes las citas de representaciones de cuevas españolas, aunque como digo se desconocen los descubrimientos más recientes.

El libro es de gran interés para el estudioso de estos problemas y contiene elementos suficientes para hacerlo útil a la enseñanza. Hemos de señalar no obstante que la edición española ha sido poco cuidada y sobre todo en la adecuada traducción de los términos prehistóricos.

F. J. C.

ANTONIO BELTRÁN; ROMAIN ROBERT y RENÉ GAILLI: *La Cueva de Bédeilhac*. Monografías Arqueológicas II. Departamento de Prehistoria y Arqueología. Facultad de Filosofía y Letras. Zaragoza 1967. 148 págs., LXXVI láms. en negro y color y un plano.

Bédeilhac es un importante yacimiento rupestre y arqueológico del Pirineo oriental francés, conocido desde hace bastante tiempo, que durante la Segunda Guerra Mundial sufrió serias e irreparables destrucciones al ser instalada una fábrica de aviones en su entrada. Considero muy importante la aportación de los autores ya que han reunido toda la documentación rupestre conocida, que había sido dada a conocer en etapas sucesivas, y han agregado además el fruto de nuevos descubrimientos e investigaciones realizados en estos últimos años.

Después de señalarnos la situación de la cueva dentro de la región del Ariège, se describen sus distintas partes, galerías y pasadizos y se nos habla de las distintas investigaciones de que ha sido objeto Bédeilhac, que se documentan con una completa bibliografía. Una breve —excesivamente breve, para mi gusto— descripción de su yacimiento arqueológico sirve de introducción a un catálogo muy completo de las representaciones rupestres que la cueva contiene. A continuación se hace un análisis de los distintos temas grabados y pintados, de la distribución y agrupación de las figuras, técnicas, ideas artísticas, etc., para terminar en una breve conclusión cronológica.

Séame permitido hacer unos breves comentarios acerca de la cronología de esta cueva. Los AA. suponen a todo el arte de la cueva de edad magdalenense, encuadrándolo entre el Magdalenense III y el V. Por mi parte, me inclino a pensar que Bédeilhac es principalmente del Magdalenense IV y quizás, pudo continuar en el Magdalenense V. Me baso para ello en que el Ariège no existe, hasta la fecha, Magdalenense III, y si acaso existe, sus restos son tan poco importantes y definidos que no se han podido identificar. Pero además, Bédeilhac es interesante por sus policromos y éstos sabemos que han de ser del Magdalenense IV. Es este el momento en que el arte paleolítico adopta una serie de aspectos o formas de expresión (movimiento, escorzo, "disección" de masas musculares, etc.) que, perfectamente definidas y datadas mediante el arte mueble, pueden servirnos para establecer analogías y paralelos cronológicos. Así, parece que las figuras policromas han de atribuirse al Magdalenense IV, si tenemos en cuenta, por ejemplo, las grandes semejanzas que existen entre ciertos tipos de representaciones del techo de Altamira y algunos de los objetos de arte mueble del Magdalenense IV de la Madeleine (Tursac, Dordogne), como son las figuras de antropomorfos, los bisontes con la cabeza vuelta hacia atrás, etc. Todo ello hace que me incline a suponer a los policromos de Bédeilhac como del Magdalenense IV. En este sentido creo que es posible relacionar el caballo de la cierva en el vientre de Altamira con el caballo bicromo de Bédeilhac, muy semejantes en forma y en expresión. Las figuras de tipo lineal pudieron realizarse dentro del mismo Magdalenense IV o quizás ya en el V, en el que es posible que continúen ciertas tradiciones anteriores, pero desde el Magdalenense V y VI el arte paleolítico se hace cada vez más esquemático y estilizado, y recurre a la línea como medio normal de expresión, tendiendo a ser cada vez más decorativo y no figurativo.

Uno de los aspectos en que insisten los AA. es en el de la magia de caza, de la que Bédeilhac, según ellos, ofrece una interesante representación, el relieve de un bisonte modelado en arcilla. Después de las críticas de Laming, Leroi-Gourham y de Ucko y Rosenfeld (que comentamos en estas mismas páginas) no creo necesario insistir en lo problemático de estas explicaciones, sobre todo si se tiene en cuenta las dimensiones excesivamente pequeñas del bisonte en relación con el de los agujeros que se interpretan como heridas. Todo este capítulo acerca de la significación y sentido del arte parietal está hoy en entredicho e incluso

la nueva e ingeniosa concepción de Leroi-Gourham me parece excesivamente complicada, muy del gusto cientifista actual y con demasiadas fichas y estadísticas. Creo que por el momento es mejor dejar de lado todas estas interpretaciones y tratar de estudiar el problema básico: la edad y etapa de cada figura y de cada yacimiento. Sólo sabiendo a qué época pertenece cada representación podremos aspirar a plantear una interpretación acerca de la significación y sentido de cada una de las etapas del arte paleolítico. No es posible llegar a pensar que éste es el producto de una concepción única durante los veinte mil años de su existencia, ni tampoco es posible creer que el arte mueble de las "venus" gravetenses responde a la misma concepción que el arte mueble de los contornos recortados del Magdalenense IV, ni atribuir a las siluetas lineales y planas de animales del Auríñacense la misma significación que a las figuras policromas del Magdalenense IV, pues tanto unos como otros se forjaron dentro de etapas culturales completamente distintas.

Para terminar, desearía que estos comentarios no se interpretasen como una censura, sino al contrario, como un elogio más a los muchos que el libro y los autores merecen, ya que nos han dado una obra llena de sugerencias que, entre otras cosas, han tenido la virtud de dar origen a estas breves consideraciones en torno a una serie de problemas a cuyo estudio e investigación dedico mi tiempo y mis esfuerzos.

F. J. C.

JOAQUÍN GONZÁLEZ ECHEGARAY: *Excavaciones en la terraza de "El Khiam" (Jordania). II, Los niveles meso-neolíticos, estudio de la fauna, flora y análisis de las tierras del yacimiento.* Bibliotheca Praehistorica Hispana, vol. V. Instituto Español de Prehistoria del C. S. de I. C., Madrid 1966. 228 págs., 48 figs. y XI láms.

Tras un primer volumen (Zephyrvs XV, pág. 160) sobre las excavaciones llevadas a cabo por A. en el importante yacimiento de "El Khiam" nos llega este nuevo volumen en el que se da cima a la interesante labor llevada a cabo por el prehistoriador montañés en el Próximo Oriente. Con acabada competencia, tanto metodológica, como bibliográfica, el A. nos expone la serie de estratos mesolíticos y neolíticos, cuya secuencia estratigráfica nos demuestra la complejidad del estudio de los yacimientos prehistóricos, aún dentro de la misma región o comarca, ya que El Khiam presenta una secuencia cultural algo distinta, aunque paralela, a la que nos ha ofrecido Jericó. El A. propone la siguiente sucesión cultural, que paraleliza con la de conocidos yacimientos de la región:

Kebarensense I	
Kebarensense II-III	Natufensense I
Khiamensense I	Natufensense II
Khiamensense II	Protoneolítico
Prototahunensense	Prececerámico A de Jericó
Tahunensense I	Prececerámico B de Jericó

Para el A. con el Kebarensense se inicia en El Khiam "una nueva etapa geológica de clima más seco y cálido... Los tiempos pleistocénicos pueden darse por terminados y con ellos la Edad Paleolítica; estamos en la Epoca Actual u Holoceno" y como el Kebarensense I ha de fecharse hacia el 10.000 a. de C., esta fecha ha de ser la final para el Pleistoceno, lo cual

como señala el A. no coincide con la fecha propuesta para el fin del Pleistoceno en Europa, hacia el 8.000 a. de C., lo que es buena prueba de lo peligroso que resulta querer aplicar resultados de una región a otra con otras características.

Este Kebareense es "una cultura postpaleolítica o epipaleolítica" con un 40 % de instrumental microlítico. Esta definición no obsta para que el A. utilice el inadecuado término de "mesolítico" e incluso lo divida en dos partes, el Mesolítico inferior (Kebareense I-III) y el Mesolítico superior o Khiamense, apareciendo este estadio más moderno "matizado por la presencia de elementos nuevos, como las hojas de hoz, los morteros, piedras de moler, etc." y la presencia del "retoque invasor", a presión, que se aplica fundamentalmente a las puntas de flecha. Después en el Prototahunense, nos encontramos de lleno con claros elementos neolíticos, que aparecen tímidamente en el Khiamense. Esta secuencia cultural nos muestra el paso del tipo de economía consuntiva y depredadora paleolítica a las nuevas formas económicas caracterizadas por la producción agrícola y ganadera. El A. se inclina a suponer que las nuevas fuentes productoras de alimentos no se producen con independencia una de otra, sino que hay que pensar en que ambas se desarrollan en constante complementación. Problema acerca del cual se ha promovido en estos últimos años una interesante controversia, que el A. ha resumido sencillamente, dándonos una opinión sin complicaciones, pero interesante y eficaz.

El libro contiene además una importante contribución de P. Ducos sobre los huesos de los animales del yacimiento, con atinadas observaciones acerca de los mismos, destacando la posibilidad de que la cabra fuese ya un animal domesticado. B. Madariaga de la Campa estudia, con su competencia habitual, la fauna malacológica. W. Van Zeist nos da los resultados de los análisis polínicos que dan una vegetación esteparia o desértica para los pocos niveles que han proporcionado polen. J. Pérez Mateos ha realizado los análisis mineralógicos y morfoscópicos de las tierras y T. Aleixandre ha estudiado la granulometría. Tal es el contenido e esta importante obra, que se completa con una serie de tablas de detallados análisis tipológico-estadísticos.

Hemos de felicitar a G. Echegaray por el trabajo realizado, felicitación extensiva a su equipo de colaboradores, ya que entre todos nos han proporcionado a los investigadores de la Prehistoria la interesante visión de un yacimiento que abarca desde los tiempos paleolíticos hasta los de la llamada revolución neolítica.

F. J. C.

L.-R. NOUGIER: *L'art préhistorique*. Paris 1966, págs. 184, 40 figs., XXXIX láms.

Se trata de un libro de un amplio contenido, en el que se resumen las actividades artísticas del hombre desde los tiempos paleolíticos hasta los de la Edad del Bronce. Con un estilo nervioso y sugerente el A. va exponiendo sucesivamente los distintos aspectos del arte prehistórico y protohistórico.

Su concepción del desarrollo y evolución del arte prehistórico es demasiado simplista y "evolucionista". No creo que a un arte naturalista paleolítico, que sólo en sus etapas finales preludia ciertas tendencias abstracta, según el A., suceda un arte de los pueblos agrícolas y ganaderos que es "decoración", que solamente con la aparición de la escritura aparecerá el arte abstracto y que desde entonces naturalismo y abstracción combatirán a través de los siglos. No creo en esta visión, por que ya en el Paleolítico superior aparecen los elementos

abstractos y son tan numerosos (toda la serie de ideomorfos: tectiformes, claviformes, escaleriformes, etc.) que nos invitan a pensar en que arte "figurativo" y arte "abstracto" existen ya desde el primer momento, ya que el hombre, también, desde el primer momento, tiene un mundo exterior y un mundo interior, es decir, el mundo de los objetos reales y el mundo de los objetos ideales. A aquél corresponden las figuraciones artísticas "figurativas", a éste las "abstractas". ¿Qué el arte durante el neolítico se transforma en decoración? Pero ¿acaso los dibujos incisos en las azagayas paleolíticas —geométricos los más— no son arte decorativo?

El A. insiste en la magia como elemento motor del arte paleolítico y sus puntos de vista no añaden nada nuevo a esta vieja hipótesis, hoy en crisis y revisión, y en este sentido se revalorizan las figuras de animales heridos, los sin cabeza, los ciegos, etc.

También propugna la significación religiosa del arte paleolítico y considera a las llamadas "venus" como madres-protectoras que junto a los animales-realidad "son los dos temas fundamentales de la iconografía cuaternaria, los dos pensamientos creadores del arte cuaternario" y encuentra en la falta de representaciones humanas varoniles una prohibición naturalmente religiosa. Ya he señalado en otra ocasión (*Zephyrvs* XV, p. 20) que las "venus" pueden representar un momento social de predominio femenino, un cierto "matriarcalismo", ya que esas figurillas representan, a mi modo de ver, la exaltación del principio femenino, lo cual podría estar en relación con la religiosidad paleolítica gravetense, pero esto es muy hipotético.

Siguiendo a Breuil, distingue dos escuelas artísticas paleolíticas: la auriñaco-perigordense y la solútreo-magdalense, lo cual en la actualidad no parece muy aceptable. También sitúa al arte del Levante español como una etapa derivada, entre el 10.000 y el 8.000 a. de C., de la escuela auriñaco-perigordense, lo cual creo inadmisibile en el estado actual de la investigación (*Zephyrvs*, XVII, p. 47). Una mayor imposibilidad encontramos en el empeño de sostener la llamada escuela mediterránea, inventada por Graziosi, a quien sigue el A., que señala un amplio arco que va desde la "cueva andaluza de la Pileta hasta las islas Egadas", arco fantasma que trata de unir la provincia paleolítica de arte andaluz, la provenzal y la siciliana, lo cual creo más bien producto de una fantasía que de una investigación seria.

En cuanto al arte de los pastores y agricultores piensa que está inspirado en un culto a la tierra-madre, cuya representación femenina está inspirada en las llamadas "venus" paleolíticas. Junto a éstas observa la presencia de un arte constructivo funerario, que según el A. puede tener también sus antecedentes en los enterramientos "mesolíticos" (Téviac). Pero las manifestaciones de este arte se centran en la cerámica, de ahí, su carácter decorativo, aunque en algunos puntos se siguen tendencias naturalistas (Egeo, Susa, Mohenjo Daro). Algo semejante ocurre en América, en donde al lado de figurillas, "maravillas de vida" y en gran número representantes de la fecundidad, se encuentran vasos cerámicos con abundantes representaciones abstractas y decorativas. En este mismo sentido se plantea el arte de la Edad del Bronce, producto de la revolución social de los metalúrgicos, y cuyo estudio centra en el momento megalítico, que cree que remonta en sus orígenes al IV milenio.

En fin, que nos encontramos con un libro atrayente y sugestivo, en el que se exponen una serie de ideas e hipótesis que han venido rodando estos últimos 50 años por la prehistoria, ensambladas con amenidad y expuestas con maestría y aunque en algunos puntos mis opiniones distan mucho de las del A., no dejo de reconocer que éste ha realizado un esfuerzo importante y digno de recompensa.

F. J. C.

JEAN GUILAINE: *La civilisation du Vase Campaniforme dans les Pyrénées Françaises*, Carcassonne, 1967. 240 págs., 52 figs. y 9 láms.

Los Pirineos sólo han sido una barrera eficaz en su parte central, ya que las zonas extremas, oriental y occidental, han servido de asiento a pueblos y culturas que han vivido a un lado y a otro de la cadena pirenaica (eneolíticos, vascos, catalanes). La vertiente pirenaica francesa durante la época estudiada parece haber estado sometida a un clima, sucesor del óptimo (xerothermico) del Neolítico pleno, de una mayor humedad que permitió el bosque de encinar mixto, de abetos y hayas, con la consiguiente abundancia de caza mayor (ciervo, gamo, jabalí, etc.). Los yacimientos se encuentran desigualmente repartidos (las 8/10 partes están situados en la zona oriental), lo que puede ser debido a falta de investigación.

En cuanto a la tipología de la cerámica campaniforme el A. la organiza en dos grupos: vasos decorados y no decorados. El tipo primero —cazuela, cuenco y vaso campaniforme— ofrece decoraciones de: a) estilo "paneuropeo, b) de líneas circulares y c) de estilo "pirenaico" específico.

El estilo "internacional" se extiende por la zona oriental con algunos yacimientos en la central. Parece que en su mayoría son vasos de importación. El estilo de líneas circulares aparece en yacimientos que se agrupan en la zona del Aude, con algunos ejemplos en las zonas central y occidental. El estilo "pirenaico", que parece haberse desarrollado al norte y al sur de los pirineos, es el más abundante y en él predomina la decoración hecha con punzón sobre la de peine. Se concentra principalmente en región del Aude, aunque aparece en toda la zona estudiada. En el momento actual de la investigación este estilo comprende el 70 % de los vasos conocidos.

El resto de los ajuares está integrado por objetos metálicos, líticos y óseos, además de una escasa cerámica de uso. Entre los primeros está el puñal, de cobre arsenical, con lengüeta sin agujeros de remache, sección aplanada y forma losángica, tipo corriente en la Península Ibérica Italia, Inglaterra, Europa central. Además, se encuentran también leznas, agujas, cuentas de collar, anillos, colgantes, etc. De oro, cuentas de collar y laminillas. Un elemento, el hacha plana de bronce, parece encontrarse ausente de los ajuares campaniformes.

Entre los objetos de piedra destaca el llamado "brazalete de arquero", con sólo cuatro ejemplares, de ellos, tres en la zona del Aude. La gran hoja cuchillo de sílex abunda en la zona narbonesa, algo menos en el Rosellón y se rarifica hacia los Pirineos centrales. Las puntas de flecha son de pedúnculo y aletas, sólo se conocen dos ejemplares de base cóncava y las puntas de lanza son foliformes y alargadas. El puñal de sílex que ha sido considerado como clacolítico, también aparece en con campaniformes (Trou de Viviés, Aude). Las paletas funerarias o placas de pizarra también son frecuentes y sus formas variadas, parecen provenir de fines del Neolítico. En cambio las hachas pulimentadas —azuelas— faltan en los ajuares campaniformes (sólo dos ejemplares conocidos), hecho que hay que poner en relación de la economía no-agrícola de los pueblos campaniformes.

Los objetos de hueso (punzones, agujas, cinceles, alisadores, etc.) son banales y solamente son excepciones un posible puñal y unas puntas de flecha, éstas desconocidas en ajuares campaniformes.

En estos ajuares se encuentra además cerámica no campaniforme, vasos globulares y otros grandes de fondo plano, decorados con un cordón liso en el reborde y además vasos polípodos, sin decoración, que no son más viejos que el final del Bronce antiguo.

En cuanto a objetos de adorno, son importantes los botones de perforación en V, de hueso, redondos, de "tortuga" y prismáticos. Este último del Bronce antiguo y los otros eneo-

líticos. Mientras que los botones redondos y en "tortuga" se encuentran en el Aude, Herault y Pirineos orientales, en tierras de no mucha altitud, los botones prismáticos se encuentran en las zonas montañosas del Aude, Ariège, Pirineos orientales, con un yacimiento (Usson) con cerca de 500 ejemplares. Esta posición montañosa parece retardar su fecha.

Respecto al tipo de "habitat" de los campaniformes pirenaicos nada es posible asegurar, ya que el yacimiento de Embusco, si bien puede hacernos pensar en una serie de campamentos sucesivos, y, por tanto, certificar un género de vida trashumante para los hombres del campaniforme, parece oponerse en cierto modo a las necesidades que la metalurgia impone, algo más sedentarias.

Las sepulturas son en dolmen o megalito, en cueva y en cista con túmulo o sin él.

En cuanto al aspecto étnico de la población campaniforme pirenaica parece acusar un intenso mestizaje dentro del cual predominan los dolílocráneos de tipo mediterráneo grácil, junto con subdolílocráneos y aparecen también los braquicéfalos. Todo ello permite pensar que existió una fuerte base indígena a la que parece se mezclan los recién llegados con parte de los elementos de la cultura campaniforme. Habría que ver en qué posición cronológica se encuentra el vaso campaniforme "pirenaico" respecto del "paneuropeo". El A. se inclina por creer que la cultura campaniforme pirenaica proviene de Centro Europa, del valle del Rin a través del valle del Ródano, llegando al Pirineo durante el movimiento de "reflujo" que ha preconizado Sangsmeister, al proponer, hace unos años, una nueva interpretación de la cultura campaniforme y su difusión por Europa. Después en la zona pirenaica aparecería el vaso de tipo "pirenaico".

Aunque no sea posible sostener, por el momento, que los pueblos campaniformes practicasen un cierto nomadismo, la rápida difusión por el Atlántico y su reflujo posterior hacia los países mediterráneos nos hace pensar en que la mecánica difusiva de este tipo cerámico fue muy rápida y para poder llegar a una comprensión más cercana de la realidad habría que multiplicar los estudios parciales y regionales del vaso campaniforme. Nuestros estudiosos harían bien en tratar de salir del doble "impasse" en que nos sumergió, por una parte, la obra indiscutida de Castillo, por otra, la ponderada hipótesis de Sangsmeister con sus flujos y reflujos, y no estaría demás que reaccionasen con estudios monográficos regionales de nuestro vaso campaniforme.

Creo que la obra de Guilaine es de gran interés para el problema del vaso campaniforme y ha sido para mí un grato deber el escribir estas líneas con objeto de darla a conocer a nuestros estudiosos.

F. J. C.

ANA MARÍA MUÑOZ AMIBILIA: *La cultura neolítica catalana de los Sepulcros de fosa*. Instituto de Arqueología y Prehistoria, n.º 9 Barcelona 1965: 417 p. p. 109 figs. XL láms. y un cuadro cronológico.

La primera parte de esta interesante monografía nos da a conocer de un modo amplio, completo y sistemático, los distintos yacimientos y sus materiales. Unos 121 yacimientos entre necrópolis y fosas aisladas, con la detallada descripción de sus distintos elementos, valorados ampliamente, dan fe de un esfuerzo investigador que merece nuestra admiración y respeto. Los temas monográficos en Prehistoria han de tratarse del modo como la Dra. Muñoz lo ha hecho.

En una segunda parte se inicia el análisis cultural, en el que se definen los distintos tipos de sepulturas, ocho en total, de los que al parecer el más numeroso es el quinto, de fosa revestida con losas planas. A continuación se estudian los ajuares, las dos puntas de cobre, los dos tipos de cuentas de calaita y su área de dispersión, así como el posible origen de la misma, que posiblemente se encuentre en un centro no determinado del territorio que desde el sur del Sena y oeste del Ródano llega hasta Gibraltar. Otros objetos de adorno (conchas, cuentas de piedra etc.) se valoran sólidamente. Los objetos de sílex son tratados con cierta ligereza, así como la piedra pulimentada, a pesar de que representen según la A. la "fuerte personalidad de esta cultura, sin duda empeñada en trabajos agrícolas y con un desarrollo del trabajo de la madera y hueso que parece demostrar el variado utillaje que hemos visto". Por atenerse a la cerámica, es frecuente ver en nuestras publicaciones sobre Neolítico estudios muy someros de las industrias de piedra. Unos cuadros de los tipos fundamentales y su posible evolución hubieran sido muy útiles. De hueso se estudian los punzones, espátulas, puñales etc.

Las tablas de formas se han reservado para el estudio de la cerámica, con sus 29 tipos (tinajas, ollas, vasijas de fondo plano, tazas etc.) más las cinco escudillas de boca cuadrada, y la A. intenta sacar de su comparación consecuencias de orden cronológico y cultural.

Atinadas observaciones se llevan a cabo en torno al rito de inhumación en fosa, las posibles ideas religiosas en torno al mismo y los posibles paralelos con el resto del Mediterráneo, a más de unas notas antropológicas basadas en los estudios del desaparecido Fusté.

Finalmente se estudia a esta cultura en el marco del Neolítico occidental en relación con los grupos neolíticos coetáneos: Chassey, Cortailod, La Lagozza, Windmil-Hill etc. y la A., con prudencia estimable se limita a señalar los elementos comunes, o al menos relacionables, de estas culturas con la catalana, cuidando de no caer en la palabra "origen", ya que imaginamos que el propósito volcado en esta monografía ha sido a parte de la meritoria labor de poner al día un material, intentar aclarar en la medida de lo posible la formación de esta cultura tan personalísima, que representa el paso de un Neolítico de cuevas a otro ya plenamente de llanura.

A la hora de buscar una cronología, la A. sitúa a los Sepulcros de Fosa dentro de la segunda oleada neolítica de cerámicas lisas, después del Cardial y antes de los primeros eneolíticos, señalando su duración cronológica que perdura hasta bien entrado el Bronce, las imbrincaciones culturales (Panadés), las sustituciones (Solsona) y las asimilaciones (Maresme). Los resultados posteriores, obtenidos por C-14 sobre unas muestras de Sabassona, dieron, para un momento avanzado de esta cultura, una fecha de 2345 ± 140 a C., lo que comprobaba la anterior cronología aducida.

Situados cronológica y culturalmente los Sepulcros de Fosa dentro de la segunda oleada neolítica, la A. apunta hacia los grupos neolíticos egipcios del quinto y cuarto milenio, pues es aquí donde a su juicio habrían de encontrarse los comienzos de varios de los elementos definidores de la cultura catalana y de la segunda oleada neolítica. Todas estas culturas neolíticas occidentales serían como epígonos individualizados de esta progresión. Pero la fuerte personalidad de los Sepulcros de Fosa, frente a las demás culturas coetáneas españolas y europeas, no queda bien interpretada, y da la impresión de algo que se escapa dentro de un ingente proceso cultural. El porqué de su individualismo ¿Debido a ulterior evolución dentro de un marco geográfico determinado, o a la expresión de un modo de ser distinto e implantado, como parece, desde el principio de esta cultura en tierras catalanas y venido de algún lado? —es pregunta que no obtiene respuesta precisa, aunque las sugerencias que la A. hace son de grandes posibilidades para una ulterior investigación. Estas y otras preguntas que se referirían al proceso histórico de esta cultura empezarán a tener respuesta desde las sugerencias de la monografía que la Dra. Muñoz nos ha ofrecido. He aquí el gran valor de este libro, fruto del

mejor criterio científico, por el que queremos felicitar a la Dra. Muñoz y al Instituto de Arqueología de la Universidad de Barcelona, dirigido por los Drs. Pericot y Maluquer de Motes, que lo ha patrocinado.

F. J. FORTEA

MANUEL GÓMEZ-MORENO: *Catálogo Monumental de España. Provincia de Salamanca*. Dirección General de Bellas Artes. Madrid 1967, 2 vols. 527 págs. y 649 láminas.

Como el autor indica este catálogo, redactado entre 1901 y 1903 ha permanecido inédito hasta nuestros días; su publicación —según dice don Gratiniano Nieto en su prólogo— ha podido llevarse a cabo gracias a la colaboración del Servicio Nacional de Información Artística, Arqueológica y Etnológica. Editado conforme a su redacción originaria, a excepción de los capítulos referentes a la Prehistoria y Catedral Vieja, que han sido reformados de acuerdo con las nuevas investigaciones.

Divide la obra en tres apartados. El primero abarca los períodos primitivo, romano y godo. El segundo los períodos musulmán y judaico y finalmente en el tercero hace un estudio completo de los períodos románico, gótico y del renacimiento.

Comienza la obra con el estudio de los monumentos megalíticos y su extensión por el N. W, de la provincia, concretamente por los partidos de Ledesma, Vitigudino y Ciudad-Rodrigo.

Sobre el curso del Duero y sus afluentes señala una serie de ciudades prerromanas, generalmente fortificadas, algunas de las cuales aún subsisten en su lugar de origen como Ledesma, Béjar y Salamanca. En muchas de ellas se encuentran lápidas epigráficas, pertenecientes al mundo romano, pero que sin embargo conservan la tradición prerromana, patente, por ejemplo, en los nombres indígenas. Importante por la abundancia de restos arqueológicos es el conocido "Camino de la Plata", que penetrando por el S. y por el Puerto de Baños, atraviesa la provincia para dirigirse por el N. hacia Zamora.

Como padre de la Arqueología a él se debe el hallazgo y estudio de las famosas "pizarras" con escritura cursiva y geométrica respectivamente, que aparecen por distintos puntos de la provincia.

Artísticamente no se encuentra árabe puro, aunque relacionado con él está el Palacio de Juan Sánchez de Sevilla, hoy convento de las Dueñas, se conserva parte del techo morisco y portadas mudéjares con valiosas pinturas de atauriques y rasgos caligráficos.

Gran extensión dedica a los períodos románico, gótico y del renacimiento, ya que dichos estilos tienen gran desarrollo y esplendor en esta provincia.

Salamanca empieza su historia medieval "al finalizar su repoblación definitiva con Raimundo de Borgoña, a fines del siglo XI y bajo Alfonso VI", como toda ciudad medieval aparece amurallada, aunque quedan pocos restos de sus muros, en parte debido a la fragilidad de su piedra y a su enorme extensión.

Explica detalladamente monumento por monumento tanto en su sentido arquitectónico como las riquezas escultóricas y pictóricas que en ellos se contienen.

Vamos a citar algunos de los monumentos más importantes de la ciudad, sin detenernos en su estudio, que nos llevaría fuera de los límites señalados. Dentro del románico tenemos: Catedral Vieja, con su bellísimo cimborrio, que supera al de la vecina Zamora. Santa María

de la Vega, reconstruida durante los siglos XVI y XVIII, sólo se conservan dos series de arcos románicos. S. Cristóbal, Santo Tomás Canturiense, S. Juan de Barbalos, S. Julián y S. Marcos. En estrecha relación están S. Pablo y Santiago, pertenecientes al románico-morisco. Representantes del gótico son Catedral Nueva y S. Benito. Y por último, del renacimiento que es lo más característico de Salamanca artística y monumental se encuentran: S. Esteban, Universidad, Casa de las Muertes, Sancti-Espíritu, Colegio de los Irlandeses, Palacio de Monterrey etc.

El mismo proceso sigue en la descripción de las riquezas artísticas en los partidos de Ciudad-Rodrigo, Ledesma, Alba de Tormes, Béjar y Peñaranda de Bracamonte.

El segundo volumen viene a completar el primero con una serie de acertadas láminas, imprescindibles para una mejor comprensión del texto. Muy interesante es el grabado del mapa monumental de la provincia.

Felicitemos al Dr. Gómez-Moreno, por su eficaz labor investigadora y su fino sentido artístico reflejado a través de toda la obra, que habiendo permanecido inédita durante más de medio siglo, señalará el punto de partida para cualquier nuevo estudio acerca de los tesoros arqueológicos y artísticos de Salamanca y provincia.

F. HERNÁNDEZ

Las raíces de España. Editor: JOSÉ MANUEL GÓMEZ-TABANERA. Instituto de Antropología Aplicada. Madrid, 1967. 476 págs.

En primer lugar damos las gracias al editor y colaboradores, a quienes debemos la realización y publicación del presente libro que viene a sintetizar una serie de ponencias sobre la España Prehistórica y Protohistórica que tuvo lugar durante el pasado año 1966 en las aulas de Ateneo Artístico, Científico y Literario.

La lectura de las diversas ponencias, nos dan una visión clara de todo el proceso prehistórico peninsular, complementándose unas a otras, ya que como sucede en todo proceso histórico, nunca se da un corte radical de la etapa anterior respecto a la siguiente. Es precisamente esta correlatividad de hechos e influencias la que puede apreciarse a lo largo de toda la obra.

El Prof. Jordá hace una descripción de nuestro Paleolítico, comienza con una introducción sobre el cuaternario y sus concretos efectos en nuestra Península. Poco sabemos del Paleolítico inferior, puesto que ningún resto humano ha sido encontrado. En el Paleolítico medio aparece un nuevo tipo humano el hombre de Neandertal, que trae consigo la cultura musteriense, nos encontramos aquí "con una mayor dependencia de los centros creadores europeos", entrando a formar parte de una especie de comunidad cultural atlántica en el Paleolítico superior, etapa importante por la aparición del "Homo Sapiens" que trae consigo la transformación de la economía, cultivo del arte, nuevas ideas religiosas etc.

Es el Sr. Pellicer en "las civilizaciones neolíticas hispanas" quien analiza el paso del hombre salvaje al civilizado. Este neolítico español tiene su origen en el creciente fértil y su manifestación más concreta se da en la zona oriental, del resto de la Península apenas tenemos noticias.

El Dr. Ripoll —al igual que el Sr. Jordá señala la aparición del Arte con la llegada a Europa del "Homo Sapiens", extendiéndose sobre todo por Francia y España. Su sentido no

podía ser otro que el meramente subjetivo. Pilar Acosta hace un estudio sobre "Pintura Rupestre Esquemática", influida por la conjunción de dos hechos "tradición autóctona y elementos que llegan de Oriente Medio y Mediterráneo".

El Dr. Arribas al tratar el tema de la edad del Bronce, pone de relieve lo que esta nueva etapa significa: nuevas formas culturales, económicas, tecnológicas y religiosas, consecuencia de una invasión procedente del Mediterráneo a juzgar por el lugar de los yacimientos.

La edad del Hierro es objeto de estudio del Prof. Maluquer, considerando esta cultura netamente hispánica, con evolución distinta al resto de Europa, pero imposible de comprender sin tener en cuenta "la tradición anterior, colonización y fenómeno indoeuropeo".

Lo referente a poblaciones, pueblos y religiones prehistóricas de la Península Ibérica ha sido desarrollado por el editor Sr. Gómez-Tabanera, comienza con el estudio de los primeros pobladores para detenerse más ampliamente sobre el problema de tartessos, Ligures, Celtas etc. de los que ya tenemos noticias por el testimonio de las primeras fuentes escritas. El Dr. Cuadrado se fija en el problema de los Iberos, su origen, desarrollo y núcleos colonizadores.

D. Antonio Blanco trata sobre la colonización de la Península durante el primer milenio. Tartessos sirvió de punto de atracción de Fenicios, griegos y Cartagineses. De la economía y sociedad de todos estos pueblos nos habla el Dr. Tarradell, deteniéndose sobre todo en lo que respecta a la "zona ibérica". D. Antonio Tovar, hace un estudio lingüístico a través de sus rasgos antropológicos y etnológicos. Entre otros problemas se plantea el del vasco-iberismo y el de la indoeuropeización de nuestra península.

El Sr. Blázquez en "Roma y la explotación económica de la Península Ibérica" indica cómo la presencia de tropas romanas en la Península no obedece al imperialismo romano de conquista, sino a la necesidad de quitar las bases de aprovisionamiento al ejército expedicionario cartaginés. "El examen de las fuentes —dice— permite conocer hasta qué punto la explotación de las riquezas en metales nobles oro y plata, más bien que las agrícolas, eran causa determinante de la penetración romana en la meseta". A continuación el Prof. Vigil explica cómo el final del mundo antiguo es consecuencia de la descomposición de la sociedad durante el Bajo Imperio.

Finalmente el Sr. Díaz y Díaz clausura el cursillo con su ponencia "Orígenes del cristianismo", propone la tesis del papel definitivo que las Iglesias Africanas han jugado en la expansión del cristianismo hispánico. Tesis bien documentada y que puede observarse en la localización de las primeras iglesias como es su distribución en la Bética.

Estas son las respuestas dadas a los orígenes más antiguos de nuestra historia, labor meritoria, que estos especialistas en las distintas materias arqueológicas, lingüísticas y etnológicas han realizado y que por medio de una labor individual y a la vez colectiva nos ofrece, en la presente obra, un estudio completo y profundo sobre los interrogantes que nos plantea, hoy, día, nuestra prehistoria y protohistoria.

F. HERNÁNDEZ

PEDRO DE PALOL: *Arqueología cristiana de la España romana. Siglos IV-VI*, Madrid-Valladolid, 1967 (España Cristiana: serie monográfica. Monumentos, I: C. S. I. C. Instituto Enrique Flórez), 418 págs. + 115 lám. y fig. y mapas fuera de texto.

Aborda el Prof. Palol, sin duda nuestro primer estudioso e investigador de la arqueología cristiana de España, el importantísimo problema de los restos arqueológicos paleocristianos en

España y su significación. La obra se divide en dos partes fundamentales de las cuales la más importante (Pág. 373) analiza detalladamente los templos paleocristianos de la Península; otra segunda que estudia las necrópolis (págs. 275-345) y finalmente una especie de apéndice analiza (págs. 349-374 las artes menores y propone unas conclusiones. Como es natural en un trabajo de arqueología se describen y discuten por menudo los restos excavados en época más o menos reciente y los resultados a que se llega con su análisis. En esto resulta, por supuesto, especialmente interesante, el estudio de las basílicas halladas en tan gran número en las Baleares y Cataluña las otras regiones están en conjunto peor representadas— y el estudio de los baptisterios, porque éstos más que ninguna otra huella arqueológica suministran datos importantísimos en orden a la interpretación del más antiguo arte cristiano.

Quiero ponderar las conclusiones. Interesará sin duda a todos los que se dedican a estudiar el cristianismo primitivo de España bajo cualquiera de sus formas, el comprobar lo relativamente tardío de la documentación arqueológica cristiana en la Península, ya que la parte más antigua de ella que es la suministrada por los enterramientos, proporciona una visión más bien diríamos aristocrática del cristianismo en época constantiniana, a juzgar por los tipos y el número de sarcófagos de procedencia romana y alto precio que se documentan en casi toda la Península en el s. IV, como venimos conociendo después de las numerosas investigaciones del Prof. Schlunk. Los templos, que se testimonian en época posterior, en líneas generales acreditan, sin embargo algo enormemente interesante como es una fortísima influencia africana, unas veces directa y otras siendo Africa simple intermediaria de una huella oriental bien precisable. La evidencia es tan fuerte que Palol entiende que es una influencia normal habida cuenta de que es “al fin y al cabo la provincia que nos proporciona el origen concreto del cristianismo en las fuentes y datos históricos más precisos y dignos de crédito que poseemos sobre ellos para la Península Ibérica. Ya solo desde este punto de vista la preciosa aportación del Prof. Palol resulta del máximo interés ya que, a su profundo conocimiento del tema y a la discreción de la exposición, erudita y serena, se añade el valor indiscutible de los numerosísimos planos, reproducciones y fotografías que enriquecen el libro que presentamos.

Como volumen iniciador de la serie de Monografías planeada por el Instituto Flórez, no pudo haberse presentado trabajo de más interés y proyección histórica. Nuestras felicitaciones al Prof. Palol por su obra y al editor por haberla dado a luz.

M. C. DÍAZ Y DÍAZ